murió (como lo es) dejó a los suyos en opiniones falsas y bobas y aun a sus hijos en hartas disensiones, por no haber nombrado de ellos a ninguno por su sucesor y heredero, como luego veremos.

CAPÍTULO LXXXI. *Donde se dice cómo los mexicanos pasaron a las provincias de Honduras y Nicaragua, y se hicieron señores de toda aquella tierra*

A EN ESTOS TIEMPOS, que eran los últimos de este imperio mexicano, cuando Motecuhzuma llegó a ser muy gran señor de la tierra y era tanta su fama que no se nombraba otra cosa en ella sino sólo su nombre, había entrado por las provincias de Guatemala y todas sus convecinas y se había apoderado de ellas; y pasando adelante sus ejércitos llegaron a Nicaragua, yendo poblando y conquistando todas aquellas tierras y provincias que eran riquísimas de oro y plumas verdes de mucha estimación, y de cacao y bálsamo, y otras resinas y licores que los naturales estimaban en mucho. Y como el miedo que por la fama que había de los mexicanos era mucho en todos, unos se les daban de paz con reconocimiento de algún tributo, y otros, que se querían mostrar valientes, se le entregaban después, rendidos y destrozados; y los que más animosos se mostraron fueron los de la provincia de Nicaragua; los cuales, como sintieron que iban tan poderosos ejércitos entrándoles las tierras, no quisieron aguardarlos en sus casas, sino que acompañados de otras gentes comarcanas y convecinas, salieron fuera a oponérseles para que no llegasen. Llegaron a vista de los mexicanos y con sus embajadores enviaron a decirles que no llegasen a su tierra y que si pasaban a alguna otra parte que buscasen otro paso, porque ellos no les habían de consentir entrar en ellas; y que en defensa de esto habían de morir. No curaron los mexicanos de estas razones y como gente hecha a vencer resistencias enviaron, con despecho, a los mensajeros y luego se pusieron en arma y los acometieron; y como muchos de ellos iban cansados y otros enfermos y los moradores de la tierra defendían sus casas y su libertad, fue tanta la fuerza que pusieron en esto, que a muy poco tiempo después de comenzada la batalla hicieron retirar a los mexicanos, dejando mucha de su gente en el campo muerta y a los que quedaron pusieron en muy grande aprieto.

Viendo los mexicanos la grande resistencia de los contrarios y cuan al revés les había sucedido de lo que pensaban, dieron en vencer con ardid y maña lo que con fuerzas y valor no podían. Y fue ésta la manera: fingieron que querían paz con ellos y pasar adelante a otras partes que nombraron, pues ellos no los querían tener por amigos ni por vecinos, y que porque habían perdido mucha gente en el camino y en los reencuentros que habían tenido con ellos y con otras gentes, iban faltos de gente, que por tanto les pedían que les diesen los hombres necesarios que les ayudasen

a llevar sus cargas y bagaje, y que así pasarían adelante y no los molestarían a ellos. Los moradores de Nicaragua, creyendo ser así como decían, vinieron en el concierto y diéronles cinco o seis mil hombres de carga, que fueron los que les pidieron. Habían concertado entre sí los mexicanos que concediendo los nicaraguas con su petición y viniendo en el concierto se dividiesen en dos partes y que los unos pasasen adelante con la gente de carga que les diesen y otros que los iban acompañando; y los otros se quedasen detrás, escondidos, y que cuando los hubiesen alejado de su tierra entrasen de golpe y les tomasen los puestos. Hiciéronlo así y cuando los de la provincia salieron con ellos acompañándolos y ayudándolos a llevar sus cargas salieron de golpe los que habían quedado de retaguardia y sin resistencia ninguna se entraron en la provincia y se alzaron con ella, estando los de la tierra bien descuidados de esta traición; y cuando los que habían ido cargados volvieron a sus casas, las hallaron ocupadas y a los enemigos en ellas, sobre los cuales cargaron los que habían ido delante y los estorbaron que no se pusiesen en arma contra ellos, que aunque pudieron matarlos en el camino no quisieron; porque su intento no era de matar sino de rendir gentes y sujetarlas al imperio mexicano; y así se hicieron señores de esta provincia como de las otras que atrás dejaban; y pasando adelante llegaron a la Vera Paz, haciendo éstas y otras cosas semejantes. Y de estas tierras les tributaban después oro y plumas verdes y otras cosas que la tierra daba y producía y piedras, así de esmeraldas como turquesas, de mucho valor y estima; y con estas astucias y mañas fue Motecuhzuma muy gran señor y se apoderó de cuasi todo lo más de este nuevo mundo, en más de cuatrocientas leguas de tierra, adelante de su ciudad de Mexico, ayudado de los dos reyes tetzcucano y tepaneca, que también iban a la parte en las rentas y tributos que las gentes sujetas daban.

CAPÍTULO LXXXII. *De otras cosas sucedidas en estos últimos años del imperio de Motecuhzuma; y se dice cómo, aunque quiso sujetar la provincia de Tlaxcalla, nunca pudo; y un caso muy notable de un capitán tlaxcalteca llamado Tlalhuicole*

DESDE QUE MOTECUHZUMA COMENZÓ a hacer guerra a los de Tlaxcallan, en los primeros años de su imperio, nunca dejó de seguirlos en las ocasiones que pudo; lo uno por ejercitar sus gentes en las cosas de la guerra (como dejamos dicho) y lo otro por tener abasto de gente para los sacrificios hechos en las festividades de sus falsos dioses; y aunque esto era su intento también le movía la gana de verse señor de ellos, como de las demás naciones y familias de sus reinos; porque sentía que siéndolo de tantos no lo fuese de éstos (que en comparación de los demás eran muy pocos) y con esto les hacía guerra continua (unas veces más y otras menos, conforme se hallaba desocupado de la que hacía a otras provincias). Al-